



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 5 de abril de 1992

Queridos hermanos y hermanas:

1. En nuestro «itinerario hacia la luz pascual siguiendo los pasos de Cristo» (prefacio V de Cuaresma), durante esta santa Cuaresma, los domingos, a la hora del Ángelus, rezamos por América, pensando que «*desde hace quinientos años el misterio de Cristo, salvador del hombre, está presente entre los pueblos de dicho continente, totalmente desconocido para el viejo mundo hasta el año 1492*» (cf. *Homilía en la misa del 1 de enero de 1992*).

Hoy, continuando nuestra peregrinación espiritual por los santuarios de América, nos detenemos en la *basílica del Santo Cristo de Atalaya*, centro de la religiosidad popular de Panamá.

2. En la provincia de Veraguas hay una basílica dedicada a San Miguel Arcángel, la cual, por su torre y por encontrarse sobre un elevado promontorio, se llama precisamente «la Atalaya». Allí se venera una célebre imagen de *Jesús Nazareno*, cuyo origen se pierde entre la historia y la leyenda. Pero es cierto que, ya desde el siglo XVII; el santuario de Atalaya se ha convertido, sobre todo durante la Cuaresma, en meta de peregrinos que, procedentes de todo el istmo, acuden allí para rendir su tributo de fe y de amor al Cristo doliente, para agradecer sus bondades y para implorar gracias espirituales y materiales.

A Jesús Nazareno, que camina hacia el Calvario llevando la *cruz redentora*, acudimos también hoy nosotros, pensando sobre todo en el mundo del dolor.

Son muchos los hombres y las mujeres de América Latina, como de tantas otras partes del mundo, que se encuentran inmersos en el sufrimiento: niños, jóvenes, familias, ancianos; los

refugiados, las víctimas de catástrofes naturales, de la droga, de la violencia, de las injusticias; y sobre todo los enfermos.

3. Desde siempre, la Iglesia ha hecho una opción preferencial por ellos: siente especial predilección por los que sufren, consciente de la fuerza evangelizadora y de la eficacia salvífica del dolor.

Lo he puesto de relieve en la carta apostólica *Salvifici doloris* sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, con la finalidad de hacer que los fieles centren su atención en *Jesucristo, crucificado y resucitado*, así como para exhortarles a aceptar y testimoniar, con valentía y vigor, el «*evangelio del sufrimiento*» (cf. *Alocución a los enfermos en la audiencia general del 8 de febrero de 1984*).

Pidamos a la Virgen Dolorosa, testigo silencioso de la pasión y muerte de Cristo, que sostenga a los que sufren y nos ayude a todos en el camino hacia la Pascua del Señor.